

Aventuras literarias:  
**LAS EXTRAÑAS NOTAS  
DEL PRESIDARIO**

María Ángeles Chavarría





*Mi agradecimiento a la Biblioteca de San Miguel de los  
Reyes, en concreto al académico Josep Lluís Doménech, por  
facilitarme el acceso a las instalaciones y procurarme la  
documentación necesaria.*



## 1 LA FUERZA DE UN IDEAL, LA AUTOESTIMA Y LA IMAGINACIÓN. *EL QUIJOTE. LA FUENTE DE LA EDAD*

*Pero dígame vuestra merced, ahora que estamos en paz, así Dios le saque de todas las aventuras que le sucedieren tan sano y salvo como le ha sacado desta, ¿no ha sido cosa de reír, y lo es de contar, el gran miedo que hemos tenido? A lo menos, el que yo tuve; que de vuestra merced ya yo sé que no le conoce, ni sabe qué es temor ni espanto.*

MIGUEL DE CERVANTES (*Don Quijote de la Mancha*)

*—Yo lo que digo, mancebos, es que la vida no es lo que es en sí misma, sino lo que uno imagina que es. Y en darse cuenta de ello, es donde el hombre decide su sentido. Hay que zascandilear mucho para no perderse en las miserias diarias. Yo jamás hice lo que vi que hacían los otros, sólo lo que me dio la real gana.*

LUIS MATEO DÍEZ (*La fuente de la edad*)

Es curioso cómo nos afecta un comentario de los demás. Alguien querido arremete contra nosotros y ¡puff!, el mundo se desmorona. Nuestros valores se tambalean cuando la autoestima está destemplada. Y nosotros... Nosotros nos convertimos en juguetes de feria a quienes se les ha acabado la batería.

Las emociones mueven el mundo y la mayoría de los mortales, los que al menos no somos fríos y distantes, nos dejamos arrastrar por un instante de rabia, fracaso o desolación.

Me preguntaba por qué todas las ilusiones de una persona pueden irse al traste en un segundo. En serio, ¿podían influir

tanto unas palabras dichas sin el más mínimo fundamento solo pronunciadas para herir a otra persona?

Por eso me refugié en los libros. Quería tener una segunda opinión.

Yo fui una niña frágil, aparentemente. Fui el dardo de envidiosos y abusones. A nadie le gustaba que pensara con voz propia ni siquiera aunque esa voz permaneciera callada, pues ya me guardaba mucho de manifestarme. Pero, eso sí, no me dejaba manipular.

Por eso, en realidad, parecía frágil; pero iba a la mía, por mi camino, por mi senda de palabras y mis confidentes invisibles: los libros.

Y esto me sirvió cuando me convertí en una adolescente, confusa y vulnerable.

En ese momento entró William en mi vida. Justo cuando acababa de cumplir diecisiete años.

Él era ese chico que yo jamás hubiera soñado que se fijaría en mí. Líder y altivo, una mirada suya movía a todo el grupo. Los chicos le seguían y las chicas suspiraban por sus huesos. Y yo era la envidia de todas ellas por haberle sabido engatusar. Ahora bien, todavía no sabía cómo. Ni yo misma me creía que el tipo duro de la clase, el más guapo de todos, se hubiese fijado en mí.

Era lógico, pues, que sus deseos fuesen órdenes para mí.

¿Cómo pude ser tan tonta? Pero eso es fácil decirlo ahora que ha pasado un tiempo y veo las cosas desde la distancia. Cuando estás poseída por la pantalla del enamoramiento, todo lo ves bajo el prisma que te interesa y tu chico te parece perfecto, haga lo que haga y diga lo que diga; por mucho que sus acciones y palabras te degraden y pisoteen

tu autoestima hasta límites insospechados. Pero, en esos instantes, no ves nada de lo que no te interesa ver. Ni siquiera escuchas las opiniones de las personas cercanas que sabes, a ciencia cierta, que no te van a engañar.

La verdad es que nunca me sentí sola. Siempre tuve buenos amigos a quienes comentar mis preocupaciones. Y esos amigos los supe compartir con otros que se encontraron perdidos, que se abatieron a la primera de cambio o que, simplemente, se aburrían de todo lo que esta sociedad ponía a su alcance y querían pasar un buen rato sin fingir delante de nadie. También estaban mis padres, por supuesto, pero a veces pensamos, sobre todo en algunas épocas de nuestra vida, que ellos son de otra pasta, que no nos van a entender porque no son jóvenes o no son modernos o, simplemente, porque son padres. Pero también eso lo descubrí mucho más tarde, después de haber vuelto loca a mi madre con mi «déjame, no me pasa nada» o de dar por perdida la comunicación fluida con mi padre cuando, a la más mínima queja, me salía con el «tenéis demasiadas cosas, no valoráis nada» y otras retahílas por el estilo. Lo malo es que tenía razón, pero yo, en mi papel de adolescente rebelde o pasota o vete a saber qué y con mi ceguera para apreciar lo que realmente tenía valor, era incapaz de reconocerlo. De mis dos hermanos pequeños, mejor ni hablo. Esos solo se encargaban de fastidiarme.

Ser uno mismo, sin perder el norte, es un camino duro. Para quienes se pierdan, les recomiendo los libros. El mejor refugio, incluso para perderse, una biblioteca. A mí, al menos, me sirvió, me sirve. Y mucho.

Allí me sumergí, en una biblioteca con mucha historia. No quería que fuese la de mi barrio. No. Quería una un poco

aislada de mi ámbito habitual para no encontrar a nadie conocido. Y no es porque mis amigos frecuentasen demasiado las bibliotecas ni tampoco porque me importase demasiado la opinión de los demás. Bastante me había afectado ya la opinión de William. ¡Menuda dependencia! No. Lo que buscaba era un poco de recogimiento, aunque esa palabra sonase algo monacal.

Y, precisamente, fui a parar a un antiguo monasterio que más tarde, y hasta 1966, fue una prisión. Sin pensármelo dos veces, me dirigí a la biblioteca de San Miguel de los Reyes.

Lo cierto es que cuando entras allí te sientes muy pequeña; aunque es posible que yo me sintiese así incluso penetrando en un hormiguero, de tan diminuta e insignificante como me sentía en aquellos momentos. Había visitado aquel monumental edificio en otras ocasiones, pero solo entonces, sin la compañía de mis compañeros y del profesor de turno que organizó la actividad, fui consciente de la magnitud de tan inmensa obra. Sin embargo, no tenía idea de la dimensión que mi pequeño paso iba a suponer en mi vida futura.

Así, como don Quijote, me sentí poderosa con mi lápiz y mi mochila como lanza y armadura. Mi capacidad para fantasear me convertía en una heroína en busca de alguna respuesta que, también como el ingenioso hidalgo, no llevaba preconcebida. En definitiva, solo entré allí para leer un rato. No sabía el descubrimiento que estaba a punto de caer en mis manos.

No puedo negar que siempre me sorprendió el modo en el que don Quijote salía airoso de las situaciones, pese a ser vapuleado, gracias a su ingenio e imaginación. Y como



en aquel momento ambas estaban un poco oxidadas por el desuso, decidí releer, si no todo, al menos algún capítulo que me trajese a la memoria las andanzas del hidalgo más famoso de la literatura universal. ¿Por qué precisamente este libro? Siempre me gustaron las novelas de caballerías, desde luego, pero ahora que pienso en la elección me pregunto si fue casualidad o realmente el destino me guio a las páginas que iniciaron el misterio en el que iba a introducirme.

Y allí me planté. Pasé los controles de seguridad reglamentarios y me dirigí a la sala donde pretendía hacer mi primer préstamo. Para acceder a ella era necesario atravesar el magnífico claustro. Allí no se oía una mosca y pensé que esa sensación de sentirme alejada de todo era lo que necesitaba.

En la sala de préstamo, me topé con un joven muy serio y muy concentrado en sus quehaceres que me preguntó si tenía el carné de investigadora. Le respondí que llevaba una foto y el DNI como pedían en las otras bibliotecas, por si eso servía.

—Es que esta —me explicó el bibliotecario que, por primera vez, alzó el rostro de su lectura para dirigirse a mí— no es una biblioteca como las demás. Aquí, por seguridad, no tenemos acceso directo a los libros más que a través de un robot que realiza la búsqueda, sin que sea necesaria la manipulación humana.

—Pues esto me parece muy raro para un lugar tan antiguo —repliqué dando a entender que no entendía a qué venía tanta parafernalia.

—Será raro para ti, que no sé el valor que darás a los libros, pero no lo es para quienes entienden lo importante que es cada uno de los ejemplares que guarda esta bibliote-

ca. De hecho, por si nadie te lo había explicado, los libros solo se pueden leer en esta sala. No se contempla el préstamo a domicilio.

De pronto, desconecté de sus palabras (algo que solía hacer con facilidad cuando no me interesaba la conversación) para volver a mis asuntos. No podía dejar de pensar que la única razón por la que había acudido allí era para evadirme de mis comeduras de cabeza y me encontraba con alguien que solo transmitía negatividad en cada frase: «No sé, no es, no puede...»

—Como te iba diciendo —continuó el joven que debió de intuir mi desinterés— las reglas de esta biblioteca son muy estrictas. Supongo que has entendido las razones.

—Sí, sí —dije para que se callara—. Solo quiero saber cómo me puedo hacer el carné ese que me dices. Venía a leer un rato, pero si no se puede no se puede. Ya vendré otro día. Qué le vamos a hacer.

Algo de desazón debió de intuir el bibliotecario en mis palabras porque, de repente, cambió su tono de voz de discurso aprendido y se dirigió a mí de un modo casi confidente.

—Bueno, no seamos drásticos. Ahora te doy los impresos para que los rellenes, me quedo con tu foto y la fotocopia del DNI y vamos preparando tu carné. Eso sí, has de pensar qué tipo de trabajo estás realizando para justificar tu investigación. Ahora ideamos algo convincente. Y, ya que has venido, por una vez puedo prestarte con mi carné el libro que venías a buscar.

Aquellas palabras confirmaron mi teoría de que no se puede juzgar a la gente por una primera impresión que, muchas veces, viene determinada por la predisposición de quien

observa o la situación personal de quien la provoca. Así acababa de ocurrirme a mí. De considerar a aquel joven redicho y distante, pasé a verlo en cuestión de segundos como a alguien servicial y, casi, hasta simpático. Aunque he de reconocer que le costaba sonreír pese a que yo hice lo propio al darle las gracias por su generosidad.

Al ver que le pedía *El Quijote*, y probablemente intuyendo que mis lecturas serían variopintas, me comentó que en los motivos de la investigación podríamos alegar que estaba realizando un trabajo sobre las diferentes actitudes, emociones o enseñanzas que se extraen de la lectura de un corpus determinado de libros orientados al bachillerato. Más o menos así lo dijo y yo solo pensé que no se le podía haber ocurrido una mejor manera de expresarlo. Vamos, que a mí no se me hubiera pasado por la cabeza algo así ni por asomo.

Lo curioso fue que, al sentarme ya con mi libro entre las manos, no podía dejar de pensar que en cierto modo me había dirigido allí movida por unos sentimientos que pensaba esclarecer o apaciguar por medio de las lecturas. O, al menos, mi intención fue utilizar estas como bálsamo a mis supuestos problemas. Entonces, ¿por qué me habló precisamente de emociones al buscar el tema de la investigación? Pero al instante lo olvidé puesto que el tema era mucho más genérico (también habló de actitudes y enseñanzas) por lo que supuse que solo estaba saliendo del paso por puro trámite. Y, sin más, me introduje en la lectura.

Como este era un libro que había iniciado varias veces y dejado otras tantas por falta de predisposición, decidí buscar un capítulo de esos que cuenta una historia de algún personaje secundario. Y no se me ocurrió ninguno mejor,

teniendo en cuenta las circunstancias, que el capítulo xxxiii titulado «Donde se cuenta la novela del curioso impertinente», que se prolonga al siguiente, «Donde se prosigue la novela del curioso impertinente». La historia de los dos caballeros e íntimos amigos, Anselmo y Lotario, y de Camila, la mujer de uno de ellos a quien el marido pretende poner a prueba pidiendo al amigo que la conquiste, tiene su interés, desde luego, no tanto por el tema de los celos, sino por el modo en que lo maneja Cervantes. Pero lo que a mí siempre me ha sorprendido de este libro es que vaya a la página que vaya siempre encuentro alguna sentencia que se puede aplicar a cualquier situación. En este caso, el autor pone en boca de Camila las palabras que suele decir mi padre: «Lo que cuesta poco se estima en menos», aunque es evidente que él lo dice con otros términos y un tono que no creo fuese el de la doncella a la que se refiere Cervantes. En cualquier caso, no se lo diré a mi padre por no darle la razón. Me fastidiaría tener que oír: «Ves, hasta Cervantes lo dice».

En estos pensamientos estaba cuando me fui adentrando, sin prestar mucha atención al texto, en el capítulo del cautivo. Solo entonces reparé en un diminuto papel amarillento que había quedado incrustado entre las páginas del libro. Parecía casi formar parte de él de lo sujeto que quedaba cuando intenté extraerlo. Pensé entonces que si nadie se había percatado de su presencia hasta entonces, no iba a ser yo quien modificase en nada la naturaleza de aquel ejemplar, aunque mi natural tendencia a la curiosidad y a fantasear sobre cualquier circunstancia me decía que algo escondía aquel papel. De modo que intenté buscar algo en su reducido espacio sin que nadie me viese, algo improba-

ble, por cierto, puesto que estaba más sola que la una en aquella sala.

Nadie por aquí. Nadie por allá. Giré el rostro hacia todas partes. Únicamente el bibliotecario se distinguía a lo lejos en su puesto de trabajo, ajeno a todo lo demás, como el resto del personal que encontré antes de llegar a la sala. Todos silenciosos, a lo suyo, como si les supiese mal despertar a los espíritus. ¡Qué fácil le resultaba a mi imaginación dispararse en aquel entorno! Y aquel papel prometía para mis adentros, aunque finalmente descubriese que solo se tratase de un rudimentario marcador de página. ¡Qué desilusión! Nada escrito en él.

Pero, claro, leer *El Quijote* acaba contagiando el ver más allá de lo visible. Igual, recordé, que la singular cofradía que se embarga en la aventura de buscar la fuente de la eterna juventud en la divertidísima novela *La fuente de la edad*. También ahí el espíritu quijotesco afecta los protagonistas. Y, en las dos novelas, salvando las distancias, el toque de humor se mezcla con reflexiones que encierran grandes verdades. No sé por qué me venía a la cabeza este otro libro, pero soy propensa a dispersarme y a pasar de un tema a otro con facilidad. Y algo me hizo recordarlo.

El caso es que, después de leer varios capítulos de *El Quijote* y de despedirme del bibliotecario hasta otro día en que pensaba recoger mi carné, inicié el camino a mi casa intentando recordar qué es lo que llamó tanto mi atención del libro de Luis Mateo Díez como para desear volver a él. No recordaba exactamente qué era, pero sí que me llenó de sensaciones extrañas y contradictorias hasta llegar a provocar, casi a un tiempo, la risa y el llanto.

Como soy de ideas fijas y cuando se me mete una en la cabeza no puedo desprenderme de ella, al llegar a casa, di el beso rápido a mi madre (algo por lo que ella siempre protesta, recordándome lo cariñosa que era de pequeña) y me fui directamente a la estantería. Allí estaba, como tantos otros, a la espera de lector: *La fuente de la edad*.

Me sumergí en los subrayados que en su día hice y encontré unos cuantos que me llamaron la atención por la aplicación tan espectacular que tenían en mi vida. Esta vez, para evitar estas lagunas impropias de mi edad, tomé un rotulador de punta fina y un cuaderno donde solía anotar algunas citas y escribí:

*Quien se marcha es por el azogue o la locura de buscar lo que en ningún sitio se encuentra. Lo que aquí hay es lo que hay en todas partes, quitando los engaños que sólo ve quien engañarse quiere.*

Cuánta razón tenían aquellas palabras. Me daba igual el lenguaje en el que el autor expresase la idea. Yo estaba huyendo y debía enfrentarme a mis circunstancias. Los libros podían ayudarme como otras veces lo habían hecho. Desde luego. En cualquier caso, el día a día solo dependía de mí.

Todo eso parecía muy fácil en teoría, pero necesitaba concienciarme de que iba a tener recaídas en mi autoestima y, entonces, debía volver a reflexionar para reforzarme. Y, en estos casos, aunque reconozco que a veces viene bien comentar lo que te ocurre, yo soy más dada a la soledad, algo que también reforzaba el libro que tenía entre mis manos, concretamente el personaje de Manuela Mirandolina:

—*No hay mejor compañía que la de uno mismo* —comentó—. *Cunden más los pensamientos que las palabras, de ahí que los más sabios sean los más solitarios.*

No sabía si tendría o no razón aquel comentario. Lo importante era, creía, sentirse bien con uno mismo. Y cada uno sabe mejor que nadie lo que necesita en cada momento: contar con los amigos, con la familia, con la compañía de un libro o sumergirse unos instantes en el aislamiento para identificar qué es exactamente lo que siente y salir adelante.

¿Y la imaginación? Hay quien pensará que los soñadores somos locos como el Quijote o la cofradía que busca la fuente de la eterna juventud, pero muchos soñadores han descubierto o inventado logros que han hecho del mundo un lugar más habitable. Y ¿qué mejor para ayudar a los demás que empezar por sentirse bien uno mismo? Además, ¿qué tiene de malo soñar? Y, si no, que se lo pregunten de nuevo al personaje de Manuela, que no duda en responder:

—[...] *¿qué otra vida vale sino la que se desea y se imagina?*

En cualquier caso, utilizase la imaginación, el diálogo o la soledad para solucionar mis conflictos, estaba de acuerdo con Benuza (otro personaje de *La fuente de la edad*) en que solamente debemos guiarnos por nuestros datos y por nuestras conclusiones porque, al fin y al cabo, por mucho que alguien nos quiera y desee ayudarnos, somos nosotros mismos quienes debemos crecer, superarnos, dirigirnos hacia nuestro sueño y poner los medios para conseguirlo.

Y ahí viene la cuestión práctica, porque no solo de la imaginación vive el hombre. Tampoco merecía la pena lamentarse por lo ocurrido, tal como apuntaba Florín:

*—[...] Nada se adelanta con lamentaciones. De lo que se trata es de hacer los planes oportunos.*

Era evidente, aunque me resultase muy difícil aplicármelo. Por mucho que me costara darle la razón a todos los que me avisaron de que William era un auténtico cretino, lo hecho no tenía marcha atrás. Había perdido el tiempo y me había sentido humillada, pero algo había aprendido. Y las palabras de Aquilino en la novela coincidían con mi pensamiento:

*—No hay más plan que echar camino adelante.*



I. La fuerza de un ideal, la autoestima y la imaginación. <i>El Quijote. La fuente de la edad</i> .....	07
II. Concepto de la vida. <i>La vida es sueño. Niebla</i> .....	19
III. El misterio. <i>El nombre de la rosa</i> .....	32
IV. Los retos. <i>La vuelta al mundo en 80 días</i> .....	37
V. Dilema entre justicia o venganza. <i>El conde de Montecristo</i> .....	43
VI. Dilema moral. <i>Drácula. El retrato de Dorian Gray</i> .....	50
VII. La culpa. <i>Crimen y castigo</i> .....	60
VIII. El pesimismo y la desesperanza. <i>El árbol de la ciencia</i> .....	66
IX. La actuación desde el aislamiento y la superación. <i>El barón rampante</i> .....	73
X. Aprender de los errores. <i>El conde Lucanor</i> .....	81
XI. La rivalidad y la intransigencia. <i>Romeo y Julieta</i> .....	87
XII. La amistad y el trabajo en equipo. <i>Los tres mosqueteros</i> .....	92
XIII. La muerte de los seres queridos. <i>Coplas a la muerte de su padre. Pedro Páramo</i> .....	99
XIV. Los recuerdos. <i>Campos de Castilla</i> .....	105
XV. Las raíces y lo popular. <i>Romancero gitano</i> .....	111
XVI. Los falsos temores y el fingimiento. <i>El enfermo imaginario</i> .....	120
XVII. La esperanza en los momentos duros. La supervivencia. <i>Diario de Ana Frank. Mecanoscrito del segundo origen</i> .....	125
XVIII. La ternura ante las miserias o el antihéroe. <i>Eva Luna. Lazarillo de Tormes</i> .....	137
XIX. Los vínculos afectivos. <i>El abuelo</i> .....	145
XX. La orientación y el saber qué se quiere en la vida. <i>Alicia en el País de las Maravillas</i> .....	151
XXI. La valentía en la mujer. <i>Por quién doblan las campanas. Nada</i> .....	156
Capítulo XXII. La sencillez y la profundidad. <i>El Principito</i> .....	165
XXIII. El amor. <i>Veinte poemas de amor y una canción desesperada</i> .....	169
Actividades inteligentes .....	179